



Ernesto Livacic Gazzano

Columnas de opinión

De libros, académicos y controversias

Es impresionante el dinamismo editorial que se aprecia desde hace cierto tiempo en nuestra región. En parte, él se sustenta en la alta creatividad de los escritores de Magallanes; también obedece, en alguna medida, no menos laudable, a la nueva puesta en circulación de textos ya clásicos de las Letras de estas tierras. Sin pretender abarcar toda esa producción, como tampoco invadir la jurisdicción de cronistas literarios de este periódico, deseo destacar hoy dos de dichas publicaciones -una del primer grupo y otra del segundo- como manera de rendir homenaje a las afortunadamente incansables actividades del espíritu en estas latitudes y a los hombres que las impulsan.

Silvestre Fugellie, en otra muestra de su perseverante consagración al oficio del arte verbal, ha entregado recientemente su obra "Las penas de Booz" (Ateli, 1998, 176 pág.). En ella, con soltura y humor, hace una revisión crítica de muchas actitudes y costumbres con que pagamos mediocre tributo a ciertas frívolas maneras actuales de vivir personal y colectivamente. Tiene el acierto de aplicar el bisturi en forma profunda, penetrante, sin incurrir en tonos graves. Por el contrario, para ello acude las más de las veces a las amenas estructuras del cuento, sin desdeñar algunas ágiles aproximaciones al ensayo. Cuando sus alusiones van en clave, éstas resultan fáciles de descifrar en el contexto de nuestra realidad, nacional local. El lenguaje, que no hace el quite a las expresiones coloquiales cuando así conviene al asunto (pero que en lo central cultiva con respeto el buen decir), cumple un papel funcional en análogo sentido referencial.

En estos nuevos textos suyos, la pluma de Fugellie realiza la dimensión valorativa de la literatura en el plano social, particularmente necesaria en tiempos de crisis. Lo lleva a cabo a través de una sátira bien dosificada, que de modo grato propone reflexiones de mucha hondura.

Por su parte, el nuevo sello "Ediciones Dálmatas" ha puesto a disposición de los lectores una reedición de "En el último mar del mundo" (1997, 253 págs.), novela de Nicolás Mihovilovic que apareció por primera vez hace ya veinte años. Como se sabe, se trata de la tercera narración dentro de la trilogía que el autor dedicó a nuestra zona, en la cual destacó sucesivamente la ciudad (en "Desde lejos para siempre"), el campo (en "Entre el cielo y el silencio") y el mar (en esta).

En su momento, la crítica saludó la novela que volvemos a tener entre manos como "una de las más amenas, bien escritas y psicológicamente mejor animadas de cuantas que se han escrito en el país en largo tiempo". Por nuestra parte, a ese significativo elogio -que continúa vigente deseamos agregar que la obra constituye un canto a la unión entre los seres humanos tras un destino común: la conquista del bien común. De este modo, análogamente a lo que sucede en el antes aludido libro de Fugellie, a sus logros expresivos, artísticos, aún su positiva riqueza axiológica, nunca ajena a la misión de la buena literatura. Su reedición no puede sino merecernos, pues, el más favorable de los juicios.

Ambas obras son hijas del ingenio de la sensibilidad de dos académicos de la Lengua, investidos como tales en calidad de Miembros Correspondientes de provincias. Nos parece oportuno enfatizarlo, no solamente en relación con el aporte que los integrantes de la Corporación hacen a nuestro patrimonio literario, sino también porque en ocasiones la Academia hace noticia por razones más polémicas. Así ha ocurrido, en estas semanas, ante el anuncio, proveniente desde España, según el cual se incorporaría en el diccionario de la Lengua, en su edición del año 2000, el nombre de una importante ciudad chilena como adjetivo despectivo. A este asunto dedicaremos un próximo comentario.